



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(José Echegaray.)



—Ora la prensa libre se me atreve,  
ora me ensalza de entusiasmo llena;  
pero yo, que me humille ó que me eleve,  
sigo reinando en la española escena  
en el final del siglo diez y nueve.



## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Recuerdos de un baile, por Juan Pérez Zúñiga.—Consejos literarios, por Sinesio Delgado.—Las botas nuevas, por Fiacro Yráyoz.—El camino cerrado, por Luis de Ansorena.—Menudencia, por Carlos Miranda.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: D. José Echegaray.—El Carnaval en el Retiro.—Una aventura (nueve viñetas).—El camino cerrado (cuatro viñetas).—Galería de retratos (tres viñetas), por Cilla.—Cubierta del libro *Cosquillas*, por Méndez Bringa.



—¡Demonio! ¡Buenos deben de andar los teatros por aquí!—me decía un forastero al leer las siguientes líneas sobre amplios carteles colocados en diferentes puntos de la capital:

SE SUPLICA LA ASISTENCIA  
al Teatro Martín.

—No es una súplica; es el título de una obra que se va á estrenar—le contesté.  
—Pues yo creí que se nos pedía por favor nuestra asistencia al teatro.

—Por ahora no se atreven las empresas á implorar la clemencia del público; pero á eso se tira.

Hoy los empresarios se limitan á enviar sueltos á los periódicos, concebidos en esta forma:

«Continúa atrayendo numeroso y escogido público la nueva obra *El cerdo cariñoso*, que se pone en escena en el teatro de Talía.»

Ó bien:

«Cada noche obtiene mayores aplausos el juguete cómico *Mirarse las pulgas*, que se representa en el favorecido coliseo de la calle del Salitre.»

Pero dada la escasez del público y la crueldad del destino, pronto tendrán las empresas que apelar á las súplicas quejumbrosas, y aun hemos de leer algo parecido á esto:

¡POR LA VIRGEN SANTÍSIMA!

¡Vayan ustedes al teatro Tal y que Dios se lo pague y el santo del día!

Y si no:

¡POR EL ALMA DE SUS QUERIDOS DIFUNTOS!

¡Compasión para el teatro Cual!

Cuando se hayan apurado las exclamaciones tiernas, comenzará el período de la imposición tremebunda:

¡Ojo!

¡Todo el mundo al teatro de Melpómenel  
Dé lo contrario, la empresa  
va á hacer una barbaridad gorda.

Quizás se organicen también juntas de valientes á domicilio, que llamen en las casas de los ricos y entren diciendo:

—¿Vive aquí el marqués del Fondillo? ¿Está en casa? ¿Que se presentel

—Aquí estoy—dirá el marqués, asustado.

—No queremos emplear vana palabrería. Esta noche coja usted á toda su gente y se va usted con ella á nuestro teatro.

—¿Cómo?

—¡Nada de excusas! Ó va usted á él, ó le rrrreventamos mañana mismo, á eso de las once.

—Pero...

—Abur. Lo dicho, dicho.

No dejo de comprender que eso de abrir un teatro y no verle lleno nunca es cosa que molesta; y me explico, por consiguiente, que los empresarios hagan uso de toda clase de medios para atraer

á la concurrencia; pero, por otra parte, tampoco me parece bien que se pare uno en una esquina á leer los anuncios y sienta que las lágrimas acuden á sus ojos.

¡Por piedad! ¡Vayan ustedes al teatro!

—¡Dios mío!—exclama toda persona sensible en presencia de semejante súplica.—¡Qué triste estaría el empresario al escribir esto!

\*\*

En algunas localidades chicas ya se ha dado el caso de llegar una compañía de zarzuela y verse obligada á recorrer los domicilios reclamando espectadores.

—Buenos días. Yo soy el tenor de la compañía y vengo á pedirle á usted, por la memoria de su madre, que asista esta noche al teatro.

—¡Hombre! No sé si podré.

—Hágalo usted por mis hijos y por esto...

Y enseñaba un bulto en una pantorrilla.

—Me tienen que hacer una operación y carezco de lo necesario—añadía lanzando un suspiro.

También ha habido un alcalde en cierto pueblo de mi país que publicó un bando exigiendo á los vecinos la asistencia al templo de Talía.

—¡Al teatro todo el mundo!—gritaba en la plaza.—Y al que deje de ir lo mando fuera del pueblo con los civiles y lo fastidio para siempre.

Pero éste no es el mejor medio de conseguir entradas. El más dulce y de mayores resultados es el de la súplica cariñosa ó el del ofrecimiento halagador. *Verbigracia:*

*A todo el que se abone al teatro Cómico Lírico se le facilitará una novia bien parecida, ó un perro de caza, ó una docena de sanguijuelas sin usar.*

Á todo género de halagos tendrán que recurrir las empresas para atraer al público, pues éste se muestra sordo á los reclamos de algún tiempo á esta parte; y cuantos más elogios hace la prensa, más se apartan de los coliseos las personas pudientes.

«La obra estrenada anoche es divina», dicen los periódicos.

«¿Sí?» contesta el público. «Pues que vaya á verla su madre.»

Y mientras los cómicos se desgañitan en el escenario, la gente se mete en la cama pensando en la embajada marroquí, en la lluvia, ó en Lagunilla, el salvador de los trigos.

Luis Taboada.

★

## Recuerdos de un baile.

¡Qué baile el que nos dió anoche (con dolores en las piernas).

la encantadora marquesa del Bazo-Alegre! En mi vida pasé en un baile más penas.

Después de bailar con Pura, que es de esas chicas que pesan, porque van colgadas de uno como un gabán de una percha,

bailé con Rufa, que tiene más bien que pies dos maletas y me dió unos pisotones que me hizo ver las estrellas.

¡Ay, qué pies! ¡Más tiempo estaban sobre mis botinas nuevas que sobre las mustias flores de la alfombra de moqueta!

Bailé después con Felisa, que á más de ser bizca es necia, y como me echaba un ojo y el otro le echaba fuera,

llegué á sentir tal mareo por dentro de la cabeza, que me caí sobre un cónsul que me pegó una puntera.

Luego bailé con Pepita, la menor de las gemelas del barón de Viente-Amargo, que asombra por lo pequeña.

Baste decir que su moño se la enredó en la cadena de mi reloj, y enredados bailamos toda la pieza.

A fuer de chico prudente, bailé después con Prudencia y más tarde con Dolores

(con dolores en las piernas). Luego bailé una mazurka con ocho arrobas y media de señora, con Angustias, ¡sí, con angustias tremendas!

A Rosario saqué luego, aunque la misma rareza es el bailar con rosario que el rezar con castañuelas. Y después de un *pasé á quatre* que bailaron seis parejas, bailé una polka con *Luz* (cosa que sentí de veras) y un vals con toda una Rosa, y otro con toda una Tecla, y otro con toda una Casta, ¡cuidado que es resistencial!

Luego, por bailar á gusto, cogí á Carmen por mi cuenta. ¡Qué cintura la de Carmen!... ¡Si la chica será esbelta cuando su madre asegura que con sus ligas de seda tan pronto se ciñe el talle como se ajusta las medias! Mas un joven libertino, que al parecer la corteja, se me acercó ardiendo en celos y me habló de esta manera: —Como apriete usted otra noche la cintura de mi reina, con este puño cerrado le simplifiqué las muelas. —De esas simplificaciones me río yo á boca llena



(le contesté). Pero como maldito si me interesa la joven á quien engaña, puede usted bailar con ella desde el baile de San Vito hasta el que á usted más le pega.  
—¿Cuál?—Pues... la Danza Macabra, que es baile de *calavera*. Tarde ya, me presentaron á una niña y á una vieja tan cursi que más que dama parecía un ama seca.  
—Señora (dije á la madre), voy á dar un par de vueltas

con la niña. —Usted perdone (me contestó) si no acepta; porque la pobre no tiene nada más que pata y media. ¿Le es á usted igual *bailarse* conmigo? —Si usted me espera, voy á coger un pañuelo del gabán... (Y hasta la fecha. Porque, temiendo la lata, lo que cogí fué la puerta.) Es cuanto puedo contaros del baile de la marquesa. ¿Y aún quiere que yo repita? ¡Anda y que baile su abuela!

*Juan Pérez Súniga.*

CONSEJOS "LITERARIOS,"

Si surge un ripio de mayor cuantía suéltale sin temor, á sangre fría, y no te apures si lo ves impreso. ¡La inmensa mayoría de los que han de leer no entiende de eso!

Lo primero que has de hacer es pensar una cuarteta sosica, pero discreta, dedicada á una mujer, y cumplirás en seguida con todos los abanicos grandes, medianos y chicos que te manden en tu vida.

Ensalzarás lo que otros han escrito aunque sean dislates declarados, para que así, rendidos y obligados, te digan que lo tuyo es muy bonito. Este tacto de codos no es muy leal, pero conviene á todos, y con él y por él precisamente suele admirar el vulgo á mucha gente.

Si asistes á algún estreno musical ó literario, dile al autor que es muy bueno y á los demás lo contrario. Así obtendrás el favor de todo el gremio, y serás muy simpático al autor y... á los otros mucho más.

Cuando te pidan versos las mujeres, sean guapas ó feas, complácelas al punto, si pudieres, mas no pongas ideas, si no quieres desperdiciar en balde las ideas.

*Emesio Delgado.*

LAS BOTAS NUEVAS

(COMPOSICIÓN DEDICADA AL GREMIO DE ZAPATEROS, PARA QUE SE ANDE CON OJO)

Hubo en Sevilla un ratero, un bribón de siete suelas, que al ver que la policía le iba siguiendo de cerca, decidió largarse á escape y encaminarse á otras tierras, donde ejercer sin peligro su profesión predilecta.  
—¡Aquí me conocen todos —se dijo— y ya no hay manera de poder vivir del *timo* con un poco de decencia!  
Me traslado á Barcelona, me presento en las aceras vestido con elegancia para no infundir sospechas, y mientras no me descubran (que yo haré por que no puedan), voy á darme la gran vida y á vivir en la opulencia!...  
Dicho esto, sacó del cofre una levita soberbia, un pantalón *asargado*, una corbata de seda, dos sortijas de esmeraldas, un reloj con su cadena,

un sombrero de copa y un sobretodo á la inglesa.  
—¡Ajaja! ¡Todo está listo!... Digo, no, ¡pues ésta es buena! Necesito un par de botas flamantes, con bigoterías, que no desdigan del traje, porque la verdad es que éstas las tengo tan destrozadas que da compasión el verlas.  
¿Y cómo me las compongo para tener unas nuevas, si no cuento con dinero ni me fían en las tiendas?  
¡Aquí de mi ingenio! —dijo, y sin andarse en pequeñas, se fué á una zapatería de las de más clientela.  
Se encargó unas de charol con botones y punteras, y al despedirse el ratero le preguntó á la maestra:  
—¿Cuándo estarán?  
—El domingo á las *aos* ó *dos y media*.  
—Pues me las manda usted á casa

y al mismo tiempo la cuenta.

—Está bien.

—Adiós.

—Adiós.

—(¡Ya cayó esta zapatera!)

Desde allí y á todo escape, como alma que el diablo lleva, se fué á otra zapatería también de las de primera.

Se encargó otro par igual, de charol y con punteras, exactamente lo mismo que el par de que hablado queda, y le dijo, al despedirse, al dueño, que era un babieca:  
—¿Cuándo estarán?

—El domingo.

—Pues de *tres á tres y media* me las manda usted á casa y al mismo tiempo la cuenta.

—Como usted guste.

—Con Dios,

y buenas tardes.

—Muy buenas.

.....  
.....  
Llega el domingo siguiente, ve las botas, se las prueba, y al ponerse la segunda

exclama con insolencia:

—¡Caramba, qué atrocidad! ¿Qué tiene esta bota izquierda? ¡Me aprieta que es un espanto! ¡Si me hace ver las estrellas!

Métala usted en la horma hasta mañana siquiera, para ver si así se ensancha, y cuando me la devuelva, si me está bien, como creo, le pagaré á usted la cuenta.

—Corriente, la llevaré, replicó al punto el horterero.

(Aunque ahora no las pague, teniendo yo la pareja, no hay *cuidao*. Con una sola no puede andar aunque quiera.)

Con este mismo argumento recibió al de la otra tienda, y lo que pasó, en seguida ya lo adivina cualquiera.

Del primero de los pares cogió la bota derecha; del segundo, que era igual, tomó en seguida la izquierda, se las puso, se vistió, y veloz como una flecha salió huyendo de Sevilla con su par de BOTAS NUEVAS.

*Fraero Tráizoz.*

EL CARNAVAL EN EL RETIRO



—Dos entradas.  
—Pero ¿no son ustedes cinco?  
—Sí, señor, pero fijese usted en que mi señora, el niño y yo venimos de máscara para dar brillantez á las fiestas.  
—No veo...  
—Sí, señor. Traemos las narices postizas. ¿Quiere usted darnos unos tironcitos para convencerse?



# Una aventurilla.



—¿Quieres que cenemos durante el descanso?  
—Bueno, pero has de tener formalidad, ¿eh?



—Si tú quisieras podríamos cenar luego.  
—Pues por mí que no quede.



—Durante la cena me insinúo, y á los postres se lo digo claro. Si acepta... ¡noche completa!



—Mientras cenamos la hablaré al alma, y luego, con una copita de champán... trato hecho.



—Á esta señora la he invitado yo.  
—Dispense usted, he sido yo.  
—Basta. Han sido ustedes los dos; de modo que... podemos cenar los tres.



—¿Ven ustedes cómo así, con formalidad, se cena muy á gusto?  
—Sí, pero...  
—Bueno, pero...



—¡Viva el amor!  
—¡Viva la amistad!  
—¡Vivan los hombres con circunstancias!



—Ahora ni siquiera lo notan. Están brindando por sus ideales políticos y por los volapiés del Guerra.



—Compadre, usted pensaba haber acompañado esta noche á esa mujer.  
—Y usted también, compadre.  
—Bueno, pues nos acompañaremos el uno al otro, y es mejor. ¡Viva la moral!  
—¡Viva!





## Camino cerrado.

Al oír que el reloj de la fábrica daba las diez de la noche, levantóse Dorotea de la silla en que había permanecido durante un buen rato, y echándose un mantón sobre los hombros, salió por la puerta de escape de su alcoba; atravesó rápidamente varias habitaciones sin encontrar á nadie. Volviendo la cabeza á cada instante, como persona que teme ser sorprendida, bajó la escalera que conducía al patio, y ya en éste, dirigióse al portón, sacando una llave que en el bolsillo llevaba. Metióla con gran cuidado en la cerradura, y disponíase á hacerla girar, apretando nerviosamente los labios, como si de esta manera evitara el ruido que había de producir la operación, cuando otro que percibió distintamente á su espalda, dejola inmóvil junto á la puerta, sin atreverse á hacer movimiento alguno de huida... Casi al mismo tiempo, á la claridad de la luna, y con gran espanto, vió un bulto que se acercaba por la izquierda, surgiendo de entre la sombra de la galería que ponía en comunicación el patio con los talleres de la fábrica. Pensó que estaba descubierta y, ahogando un grito, dió al fin un paso hacia la escalera por donde había bajado... La que llegaba .. (era una mujer) avanzó rápidamente entonces y la cortó el camino, mientras decía:

— Espere usted... Tenemos que hablar...

Nada respondió al pronto Dorotea, porque lo brusco de la aparición y el tono con que fueron pronunciadas las anteriores palabras helaron las suyas. Sintió como un mazazo en el cráneo y se quedó mirando fijamente á la otra con expresión estúpida de asombro. La pausa fué larga... Al fin, repuesta un poco, dijo Dorotea:

— ¿Cómo?... ¿Marta?... ¿Tú?... ¿Qué quieres?...

— Ya lo ha oído usted... Hablarla... Es poca cosa... Concluiré en seguida...

Había algo feroz en la expresión de su rostro; sus frases parecían salir silbando de entre sus dientes apretados. A la luz de la luna veíase que Marta estaba muy pálida... palidez terrosa de muerto, en la que brillaban sus ojos con resplandores lívidos... Apretaba fuertemente los puños, y todo su cuerpo agitábase con temblor nervioso, cercano á la verdadera convulsión. Seguía mirando Dorotea, sin acabar de comprender lo que aquello significaba. Sintió frío y apretó el mantón á su cuerpo, después de bajar la toquilla de modo que le cubriera la frente por completo.

— Pues sí... soy yo... — dijo Marta, sin moverse de su sitio, al pie de la escalera. — ¿No esperaba usted encontrarse conmigo?... ¿verdad?... Segura estoy de que en todo pensaría usted menos en que yo, la hija de nadie, la obrera que por caridad tiene un rincón en la fábrica, la más insignificante de las mujeres, la fea, la horri-

ble, la monstruosa Marta, había de interponerme en su camino, impidiéndole salir de esta casa, y cerrándole luego el paso para decirle con el tono de autoridad que usted ha podido notar:—No... no señora... ni por el portón, ni por la escalera... No se va usted sin que hablemos... ¡Quiero yo que hablemos!...

— Bien... Ya te escucho... — respondió Dorotea, cuyo espanto crecía conforme la otra hablaba... — ¿Qué tienes que decirme?...

— En primer lugar, sé adónde iba usted. Es inútil que pretenda negarlo... Iba usted en busca de un hombre que la espera... que la esperaba — añadió con una sonrisa terrible... — Abandonaba usted al amo...

— ¡Marta!...

— ¡Digo que lo sé todo! — rugió esta última, alzando la cabeza con un movimiento salvaje... Por lo mismo que usted no se cuidaba de mí, suponiendo sin duda que ni cerebro para comprender tenía, he podido espiar á usted á mi placer, y sorprender lo que tramaba con ese hombre... ese D. Enrique que vino hace poco de Madrid, á curarse con los aires de la sierra no sé qué enfermedad que padece... Para que se convenza usted, la diré que ayer oí lo que convinieron, en un instante en que el amo les dejó á ustedes solos porque le avisaron de la fábrica... Como el amo tiene que pasar en la Alcazafia esta noche, quedaban ustedes libres para realizar, sin temor á una sorpresa, el plan convenido... A las diez saldría usted de aquí... D. Enrique la aguardaría á la entrada del Sotillo... En media hora llegarían ustedes á la estación, á tiempo de coger el tren de las once. Mañana estarían ustedes en Madrid... ¿No era esto?... Ya ve usted si estoy bien enterada... ¡Sin la horrible, la idiota, la salvaje Marta, todo hubiera salido á satisfacción de ustedes! Pero ella lo sabía y se propuso impedirlo... ¡Si le dicen que le cuesta la vida no retroceda!... ¡Si le cuesta el alma... lo mismo! ¡Ahora va usted á saber lo que he hecho... y, si quiere usted, por qué lo he hecho!

Replegóse en sí misma como si reconcentrara todas sus ideas en un punto único. Empalideció más de lo que estaba, con lo que su rostro parecía de tierra y no de carne; repitió aquel movimiento de cabeza, más propio de fiera rabiosa que de criatura humana, y sin mover los pies, que parecían haber echado raíces en el suelo, dijo:

— A poco de estar D. Enrique en el pueblo, me dió á mí el corazón que había de suceder lo que sucede... Antes de que él llegase comprendía yo que el pueblo y la fábrica y la gente de aquí





y el amo le aburrían á usted... ¡Que no había usted nacido para esto! A la fuerza aceptaba esta vida... ¡Lo que se dice á la fuerza! Todo le parecía á usted feo, triste... sucio... El ruido de las máquinas le mareaba á usted... el paseo por el campo le resultaba aburrido... Hasta los alimentos la repugnaban... Como quejarse, así de un modo directo, no se quejaba usted mucho... pero á la cara le salía el malestar... Cuando alguien hablaba de Madrid, brillábanle á usted los ojos lo mismo que pura lumbre, y después los cerraba como si su pensamiento se fuera por aquellos sitios... ¡Y el amo, nada!... ¡Siempre cariñoso, adivinándole los caprichos, procurando alegrarle á usted el espíritu... hasta con sospecha, cuando el disgusto de usted era tan grande que á no ser uno ciego tenía que advertirlo, que acaso estaba usted enferma y que de la enfermedad venía todo... ¡Si yo lo he oído! Hace pocos días llegó el amo á decirle que si no le probaba á usted esto, decidido estaba á vender la fábrica, á marcharse á Madrid ó donde usted quisiera... Y antes... antes de fijo que hubiera usted aceptado, pero el amo llegaba tarde... ¡Lo que usted quería ya era otra cosa!... ¡El le causaba la misma impresión que el país y la fábrica y todo esto!... Lo que dije... ¡también estaba usted aburrida del amo!

Aquí hizo una pausa, y de pronto, como si sus nervios se aflojasen repentinamente y su cerebro se cansara de seguir el hilo de los recuerdos que evocaba, sentóse en el último escalón, apoyó el codo en la rodilla y la cara en la mano, y sin apartar sus ojos de Dorotea, continuó:

—Bueno... Mejor que yo sabe usted la historia, y es inútil que la cuente... Vino ese hombre... Habló con usted varias veces... Traía algo de aquello con que usted soñaba... En sus ojos, en su cuerpo, en sus palabras, en todo él... ¡Estaba de Dios!... Comprendió él sin duda la impresión que en usted causaba... Aprovechóse de ella... Usted no pudo ó no supo resistir... y como remate de todo, que esta noche pensaba usted abandonar este pueblo, esta casa, al amo, para irse con D. Enrique... y que yo tuve noticias del caso... y me dije que no... que eso no podía suceder... ¡que no sucedería!... y no ha sucedido... Ya ve usted que no... ¡Ha costado!... ¡ya lo creo que ha costado!... ¡pero me salió con la mía!... Verá usted cómo... Porque hay más de lo que usted se figura... Hay...

Volvió á detenerse. Repetía las frases con tenacidad de loca. Llevóse la mano á la frente y echó atrás los enmarañados rizos que la cubrían, y estremeciéndose con un espasmo más fuerte que los anteriores, exclamó con voz ronca:

—¡Digo que hay más de lo que usted se imagina!...

Levantóse de pronto y avanzando un paso hacia Dorotea, que volvió la cabeza aterrorizada por la expresión de la otra, añadió con repentino arranque:

—¡Hay que yo he matado á ese hombre!

Dorotea lanzó un grito, y como si las palabras de Marta produjeran una reacción súbita en su ser, disipando el hondo terror que momentos antes paralizaba todo esfuerzo, de un salto se colocó junto á la obrera y, agarrándola fuertemente por un brazo, exclamó, loca, frenética, transformada por el dolor y por la rabia:

—Pero... ¿qué dices? ¡insensata!... ¿qué dices?

Desasíose la otra de la convulsa mano que la atenazaba la carne y, sonriendo ferozmente, añadió:



—He dicho la verdad... ¡Que le he matado!... No hace media hora. Sabía el sitio en que esperaba á usted... y oculta tras unos matorrales espí su llegada... Cuando pasó junto á mí, salté de improviso... un salto como el que usted acaba de dar... y le

hundí el puñal en el corazón... Ni palabra dijo... ¡Qué horrible! ¿verdad?... (Con cierto desvarío.) ¡Claro que fué horrible!... Pero ¿qué iba á hacer yo? ¿Quedaba otro recurso?... ¡Si, bien miradas las cosas, resulta que en esta muerte tiene usted más culpa que yo misma!... Con que piense usted que era el único medio para impedir que abandonara usted al amo, ha de comprender lo que le digo... ¡Abandonar al amo!... ¡Matarle... porque era matarle!... ¡Pero si el amo la necesita á usted como necesita la sangre de sus venas, como necesita el alma para vivir! ¡Si la puñalada que usted pensaba darle era más terrible que la que yo acabo de dar por culpa de usted, lo repito, por culpa de usted! (Aferrada á aquella idea con una especie de delirio.) Pues... ¡á ver qué camino quedaba! Si yo me hubiera limitado á venir á este sitio á la hora en que usted había de marcharse impidiéndole la salida... ¡pues lo mismo que no hacer nada! Ya hubiese usted buscado otra ocasión con mayor afán que antes, por lo mismo que veía descubiertas sus intenciones, y aunque me convirtiera yo en su sombra, acabaría por burlar mi vigilancia. (Gesticulando como mujer completamente enloquecida.) Pues ¿qué iba á hacer?... ¿No oyes que tú no podías salir de aquí nunca? ¿No oyes que el amo te necesita? ¿No comprendes que no puede saber que tú no le quieres, que huyes de él por otro? ¿No adivinas, mujer, que si no fuera por esto, yo te ahogaría, te haría polvo entre mis manos, lo que se dice polvo? ¿Quieres que te diga por qué? Oyélo... Porque yo... la miserable Marta... la hija de nadie, el perro de la fábrica, quiero al amo... como tú no has podido querer nunca, como no pudiste soñarlo, como se quiere á Dios... ¡Tal vez más, mujer, tal vez más!



A las palabras de la obrera acompañaban hacia un rato los sollozos de Dorotea, en la que al repentino arranque de que se ha hablado había sucedido un desquiciamiento total, postración dolorosa que deshizo toda energía. Dejó que su cuerpo se fuese desplomando hasta quedar sentada en el suelo, y hecha un ovillo, con las manos en el rostro, lloraba con gran congoja, experimentando la sensación de que dentro de ella, en lo más profundo de su ser desplomábase también algo, con súbito desgarramiento de las más sensibles fibras. No respondió á las últimas frases de Marta... Contemplóla ésta durante un momento, y viendo que ni decía palabra ni separaba las manos del rostro, se acercó á ella y, tocándole en el hombro, dijo:

—Ya lo sabes todo... ¡Ahora, arriba!... (y extendió el brazo hacia la escalera). ¡A tu casa!... ¡Con el amo!...

Y más que hablar, rugió al repetir:

—¡Con el amo... al que tu abandono daría la muerte!... ¡Con el amo, que te necesita!

Luis de Ansorena.



### MEÑUDENCIA

Como tú me fabricas  
los cigarrillos,  
me parece que vives  
en mis pitillos...  
Y cuando fumo,  
para que no te escapes,  
¡me trago el humo!

Carlos Miranda.



## GALERÍA DE RETRATOS



Le han hecho más de cien fotografías,  
y en todas sale con las mismas guías.



Como todos los sabios, es muy feo...  
pero da gloria y prez al Ateneo.



Al verle por detrás ó por delante,  
¿quién duda de que es músico importante?

## CHISMES Y CUENTOS

En el Teatro de la Scala, de Milán, acaba de estrenarse con un éxito serio y espléndido, según los telegramas, una nueva ópera del ilustre maestro Mascagni.

Se titula *Gugheimo Ractiif*, ó *Ractiif* solo, que en esto no están conformes los textos. Y gracias á la amable, á la simpática, á la diligente *Correspondencia* he podido enterarme detalladamente del argumento.

Y... no se lo digan ustedes á nadie por si resultara una herejía:  
¡No he visto en mi vida una colección más completa de desatinos!

Ha terminado en el Congreso el incidente de los ducados, que tanto dió que hablar unos cuantos días, para acabar entre la indiferencia general.

Sólo se ha sacado en limpio lo siguiente, gracias á Romero Robledo:

Que cuando se trata de duques más ó menos auténticos no puede prosperar denuncia alguna que no se haga por escrito, y antes que encausar á un escribiente de un ministerio es preciso cumplir todos los requisitos legales, hasta el punto de que una acusación hecha en las Cortes, á la faz del mundo, se considera tiempo perdido; y cuando se trata de un ciudadano particular cualquiera, basta dejar en mitad del arroyo un papelucho sin firma, en la seguridad de que á la media hora de recibirlo la justicia, seria y espléndida como el éxito de la ópera de Mascagni, echará la zarpa al denunciado y le fastidiará para toda su vida.

Como se ve, la averiguación no puede ser más consoladora para la morralla más ó menos burguesa.

Porque es de advertir que el ministro de Gracia y Justicia, nada menos, es el que ha sentado jurisprudencia tan galana.

Y como no apelemos al nuncio...

En los negocios de amores  
suele ocurrir con frecuencia  
que unos extienden las redes  
y otros se llevan la pesca.

Sé parca en dar agua, niña,  
si te piden de beber,  
que hay hombre que tira el jarro  
después de aplacar la sed.

FRANCISCO VILLANUEVA CARRASCO.

Ha habido rumores de que pensaba dimitir el señor ministro de Marina.  
¿Á que no saben ustedes por qué?

«Por las resistencias opuestas á un proyecto de ley que preparaba sobre las clases pasivas de los subalternos.»

¡Rediez! Estamos abrumados, comprimidos, estrujados materialmente por las clases pasivas, y todavía piensan los señores consejeros en aumentarlas?

¡Derechos pasivos á los empleados civiles, á los militares, á los médicos de partido, á los maestros de escuela!...

Para eso más vale decir de una vez:

—¡Todo dios es clase pasiva!

Y que las pague la divina Providencia.

Los cambios siguen bajando lenta, pero seguramente.

A la hora en que escribimos estas líneas están á 8,50, es decir, casi como en épocas normales.

Pero noten ustedes una cosa.

El comercio, la industria, la agricultura, el clero y todas las fuerzas vivas de la nación pusieron el grito en el cielo cuando estaba el oro á veintidós y pico, y después de gritar se subieron proporcionalmente los precios de los artículos, y las compañías de ferrocarriles pidieron socorros, apoyándose en eso precisamente.

Bueno, pues ahora... ya no grita nadie, pero siguen altos los precios y siguen pidiendo socorros las compañías de ferrocarriles, alguna de las cuales ha subido ya sus tarifas.. para amedrentar al Gobierno y salirse con la suya.

De modo que para esos viajes no necesitábamos alforjas, ni trenes.

Y casi era mejor que volviera á subir el oro.

Otro tanto sucede con los aranceles.

Se suben, y todo cuesta un poquito más caro.

Se bajan y... ya no vuelve á ponerse barato nada.

¡Oh, la economía política!

Va á ser cosa de ponerse de hinojos ante el compañero Iglesias.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. G. P.—Si usted me perdonara la franqueza, le diría que ni para los álbums de las interesadas sirven.

*Primerizo*.—¡Letrillas! Las letrillas están mandadas retirar del *estadio de la prensa* hace muchos años. A no ser que sean de oro molido.

Sr. D. R. V.—Todo ello adolece del mismo defecto: la falta de gracia. Resulta un poco anodino, para hablar más claro.

Yo.—La idea pudiera pasar, pero no en esa forma premiosa y anticuada de suyo.

Sr. D. C. V.—Eso sí estaría bien en un álbum, pero en un periódico ¿para qué? No tiene interés general de ninguna clase.



*Obras modernas.*—Todas las menudencias  
ó quisicosas  
son como palomitas  
de candorosas.

*Archibaldo.*—¿Prosa? ¡Dios mío! ¡Si no podemos admitir prosa!

*All el tuerto.*—Lástima de sello que te has gastado ¡oh moro amigo! Podías haberlo añadido á la indemnización para saldar las cuentas más pronto.

*Sr. D. G. A.*—No está del todo mal el romance á pesar de que el asonante es difícil de veras; pero el asunto no es nada y abundan las frases de mal gusto.

*Un aspirante.*—Ya sabe usted lo que dijo Jesús á los apóstoles: «Encargad á los aspirantes que cuenten las sílabas».

*El licenciado Cabra.*—La idea es graciosa, el romance demasiado endeble.

*El tío Jindama.*—Sujetos guasones vi pero como usía ni uno siquiera.

*Sr. D. J. C. M.*—De buena gana complacería á usted, pero el inconveniente que le indiqué es de bulto, y no se remedió en el arreglo, ni puede remediarse porque está en el asunto precisamente. Y usted comprenderá que lo primero que hay que tener en cuenta es el interés de los lectores.

*Sr. D. L. R.*—Sí creo que no encontrará usted novedad para ningún asunto, aunque me lo diga en versos mal medidos, porque eso es lo que le pasa á cada hijo de vecino precisamente.

*El esterero.*—Lea usted un poquito más arriba lo que Jesús dijo á los apóstoles.

*¿Sirven?*—Jamás haga usted cantares si los ha de hacer vulgares.

*El loco del Hospital.*—El romance es mediano, porque tiene una porción de consonantes que no deben serlo. Si ella es capaz de conocer ese defecto, no la envíe la composición. Ya usted me entiende.

*Dos aduquines.*—De la combinación lo que resulta es cada chiste verde que enciende el cabello.

*Sr. D. D. P.*—Un millón de gracias por todo. El dibujo me parece mejor que los anteriores. Pero aquí todavía... En fin, trabaje usted, estudie, y veremos.

*¿Se publicará?*—¡Hombre, por Dios! ¡Cantar ahora al Dos de Mayo? ¡Si nadie se acuerda de Napoleón á estas fechas!

*Quintillas.*—¡Diablo! Ahora resultan demasiado duros los conceptos. Hay frases que hacen daño materialmente. No, no era eso. Era... buscar el contraste entre lo de ayer y lo de hoy, con la misma idea, pero en distinta forma y dulcificándola todo lo posible.

# LOS QUILLAS

VERSO Y PROSA

POR

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

PRÓLOGO

DE

ANTONIO PEÑA Y GOÑI

Este libro se ha puesto á la venta en las principales librerías y en la Administración de este periódico.

No hay para qué decir que serviremos en el acto cuantos encargos se nos hagan.

Precio: 3 pesetas.

Á los libreros, corresponsales y suscritores del MADRID CÓMICO: 2 pesetas.



CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPañÍA COLONIAL**  
TAPIOCA TÉS  
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
DEPOSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA-MANZANARES

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

### PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 334.